

Los datos y su registro. ¿Existe la objetividad en la observación de los hechos?¹

Fernando López Aguilar*

Pequeña historia tendiente a ilustrar lo precario de la estabilidad dentro de la cual creemos existir, o sea que las leyes podrían ceder terreno a las excepciones, azares o improbabilidades, y ahí te quiero ver.

Julio Cortázar

A Laura y Manolo

Algunas reflexiones teóricas

Una de las preocupaciones más importantes de la modernidad capitalista ha sido generar una perspectiva científica para conocer la evolución de la sociedad y explicar la sucesión de eventos que han ocurrido a lo largo del tiempo para culminar en el actual estado de cosas: «saber para prever, prever para transformar», es la frase que sintetiza las razones de este interés que llevó al surgimiento y desarrollo de especialidades como la economía, la sociología, la historia y la antropología, integradas bajo el común denominador de «ciencias sociales».

Los grandes éxitos alcanzados por la física newtoniana, que impregnaron la forma en que debía realizarse el quehacer científico, aunados al

¹ Una versión preliminar de este texto fue presentada como conferencia en el simposio «El trabajo de campo en el quehacer antropológico», realizado en la Universidad Autónoma del Estado de México, Escuela de Antropología, el 29 de abril de 1994.

desarrollo filosófico emergente a partir de la segunda mitad del siglo XVII hasta los primeros treinta años del XX, constituyeron lo que para muchas ciencias sociales sería la meta a alcanzar en términos ontológicos, epistemológicos y metodológicos: la búsqueda de leyes explicativas de los procesos, la objetividad del conocimiento a través de una metodología a prueba de fuego, una racionalidad científica basada en la aplicación correcta del método, la objetividad del objeto de estudio y su distanciamiento teórico y real del sujeto, la imparcialidad de las técnicas de obtención y registro de los datos, la idea de que la construcción de los hechos relevantes es independiente de las teorías disponibles y, por consecuencia, derivado de la obsesión cuantitvista de la modernidad, la aplicación de procedimientos estadísticos para encontrar el «orden» determinístico,² la «normalidad», lo «común» de lo diverso y, así, establecer las condiciones para la construcción de las inferencias generales llamadas «leyes universales», donde lo anormal, lo desordenado y lo no común y lo azaroso se consideró como una desviación del sistema como una superstición del vulgo, un desatino.³ Isabelle Stengers señala que aquellos que han aceptado a las teorías de la física como modelo de científicidad no han tomado en cuenta que

desde su origen [esta ciencia] ha estado dominada por la búsqueda de leyes generales; [...] ha sido igualmente investida de la identificación entre el conocimiento y la posibilidad de manipular, [y] ha tomado como objeto privilegiado al estado, lo que implica la convicción de que la descripción pertinente de un sistema puede siempre reducirse a la definición de su situación instantánea.⁴

Además, las nociones clásicas suponen una realidad inteligible en términos de equivalencias reversibles (nada se produce si no está contenido en los estados precedentes; causas grandes producen efectos grandes y causas pequeñas, efectos pequeños), y en ellas el proceso es pensado como una evolución que «olvida» su estado inicial, lo que da como resultado el uso

² Una visión crítica del desarrollo de la estadística y su relación con el determinismo, puede leerse en el libro de Ian Hacking, *La domesticación del azar. La erosión del determinismo y el nacimiento de las ciencias del caos*, Gedisa, Barcelona, 1991.

³ Para un análisis detallado y crítico del paradigma «clásico» es importante el libro de Miguel Martínez Miguelez, *El paradigma emergente. Hacia una nueva teoría de racionalidad científica*, Gedisa, Barcelona, 1993.

⁴ Isabelle Stengers, «Tortugas hasta abajo...» en *Archipiélago. Cuadernos de crítica de la cultura*, número 13, p. 43.

de las leyes medias, formuladas a través de la matemática que distingue los comportamientos individuales de su resultante estadística.⁵ La ciencia actual, pensada desde las teorías sobre las estructuras disipativas, ha mostrado la inviabilidad de esta forma de concebir el mundo.

Dentro de las disciplinas que por la tradición boasiana se han incluido dentro de la antropología, la arqueología ha sido proclive a la búsqueda de una cientificidad rígida y en muchos casos ha adoptado los modelos más agarrotados de una epistemología dura, pues los procesos de construcción de las inferencias se han considerado como no problemáticos y se ha supuesto que una buena parte de los aspectos de tipo metodológico y técnico no pueden ni deben ser sometidos a debate, a pesar de las primeras críticas realizadas por la «nueva arqueología» desde hace cerca de treinta años y del desarrollo de los planteamientos de Schiffer en torno a lo que él llamó «la arqueología conductual».⁶ Aunque estas reflexiones en arqueología son antiguas, partieron del supuesto de que la metodología es independiente de las teorías, de manera que los procedimientos de acceso tales como el modelo hipotético-deductivo —en oposición al inductivismo estrecho— y los protocolos de observación pueden ser utilizados sin hacer referencia a una ontología y a un sujeto de origen, social e histórico: el problema del conocimiento científico del pasado se resolvería con buenas teorías (explicativas y observacionales o de rango medio) y una metodología explícita, mientras que el particularismo histórico sólo exigía «buenos datos».

El fundamento de esta epistemología se encuentra en la idea humanista, inserta en la totalidad de la antropología del presente siglo, de que el hombre es sujeto y soberano en un mundo de objetos, es sobrenatural y, por lo tanto, ajeno a su contrario, la naturaleza.⁷ Y aunque el contexto arqueológico es reconocido como producto de la cultura humana, se le ha observado como un evento «cultural» montado al paisaje, en el que el arqueólogo no incide en su «objetividad»: los eventos que lo formaron y lo transformaron están separados del investigador en el tiempo y en el espacio y, por ello, no los crea, los descubre, con un saber pretendidamente omnisciente. «*I've got amazing powers of observation*», diría Pink Floyd.

Así, se ha trabajado con el supuesto mítico de que una buena técnica, que busque la máxima exactitud y precisión con el registro de todo el

⁵ *Ibidem*, pp. 43-50.

⁶ Ver, al respecto, el ya clásico artículo de M. Schiffer: «Archaeological context and systemic context», en *American Antiquity*, número 37, 2, pp. 156-165.

⁷ Edgar Morin, *El paradigma perdido. Ensayo de bioantropología*, Editorial Kairós, Barcelona, 1974.

universo posible de datos, es la garantía de una buena explicación del pasado, sin considerar la imposibilidad que tiene cualquier investigador para registrar *todos* los eventos posibles que contiene el depósito arqueológico, que la observación está impregnada de los *prejuicios* del observador y que esto conlleva necesariamente, la aptitud y la capacidad para descubrir *sólo* algunos aspectos del mundo y la incapacidad de apreciar una incontable cantidad de otros posibles. Los ejemplos son múltiples y van desde la idea de que una alta sofisticación tecnológica (ahora le llaman tecnología de punta) es suficiente para generar «excelentes datos», útiles para cualquier posición teórica (todo es cosa de disponer de los mejores teodolitos láser, las computadoras más poderosas, un laboratorio móvil para análisis químicos en campo, radares terrestres, etcétera) hasta el supuesto «naiv» de que las nociones de *capa, sitio, tipo, área de actividad y contexto arqueológico*, así como los procedimientos analíticos tales como los sistemas tipológicos y clasificatorios son neutrales y que no dependen de alguna teoría que los construyó como hechos de observación o que los insertó en su ámbito metodológico. En el extremo más radical de esta posición se encuentra la idea de que los artefactos arqueológicos son autoevidentes, con información unívoca, hablan por sí mismos del pasado, son «indicadores» de algo y, por lo tanto, su sola descripción es un aporte al conocimiento. La consecuencia inmediata ha sido suponer que la simple aplicación de los formularios metodológico y técnico (como si fueran recetas de cocina) posibilita la certeza de las inferencias y la producción de conocimiento nuevo: describir el contexto y sus materiales significa entender el pasado.

La arqueología mexicana ha mezclado, con estas ideas sobre el acceso al contexto arqueológico, varias posiciones en la relación sujeto-objeto. La primera, identifica al sujeto con el objeto (sujeto = objeto) de forma tal que uno y otro no se pueden distinguir, como tampoco se pueden entender las relaciones entre los objetos, sus dimensiones (temporal, espacial y otras) o sus contextos. La segunda, distingue al sujeto del objeto (sujeto \neq objeto) y aunque permite percibir las relaciones entre los objetos y la construcción de marcos interpretativos, en general contiene el problema de suponer al «mundo real» fuera del sujeto y asumir una «objetividad» en la percepción. Supone que las causas son proporcionales a los efectos, independientemente del sujeto y de sus circunstancias. Concibe las dimensiones como absolutas y teóricamente homogéneas. En la tercera, el sujeto actúa sobre el objeto (sujeto \Rightarrow objeto) y supone un «mundo real», objetivo, fuera del sujeto, pero las percepciones no son consideradas absolutas, de manera que los sujetos

«subjetivos» buscan construir una imagen «intersubjetiva» de los fenómenos. En cuanto a la percepción del pasado propone una aproximación estadística y que la ausencia de conocimiento siempre puede compensarse con la *colecta de más datos* (!).⁸

De esta manera, las dos primeras vertientes están asociadas con el particularismo histórico y con la escala de observación de artefactos que confunde su estudio, ordenamiento y descripción sistemática con el conocimiento de la conducta humana del pasado, pues se piensa que el arqueólogo es distinto del artefacto, pero éste es igual a la conducta humana (arqueólogo \neq artefacto, conducta humana = artefacto). Por ello, eleva la tipología a la máxima objetividad, hace equivalente la «evolución» con los cambios secuenciales y a la «raigración» y «difusión» con los cambios en la distribución espacial.

En otra escala, la observación de artefactos y sus patrones (micronivel) supone una materia prima de tipo fisicoquímico (artefactos, decoloración, polen, etcétera) cuya observación se basa en las ciencias «duras», pues proporcionan una mayor «objetividad». Se busca aislar las variables fisicoquímicas de las culturales buscando una visión «objetiva» de los hechos humanos, fluctuando, epistemológicamente, entre un sujeto que se distingue del objeto y actúa sobre él (sujeto \neq objeto) y (sujeto \Rightarrow objeto). Se usa la estadística de manera inferencial apoyando las interpretaciones en estudios etnoarqueológicos, sin una crítica al uso de la analogía.

El tercer nivel, el de patrones de artefactos y actividades humanas, está asociado con las llamadas «teorías de rango medio» que se han tratado de desarrollar en los últimos años, enfocándose al estudio prioritario de áreas de actividad y también, a la etnoarqueología. Supone un sujeto que actúa sobre el objeto (sujeto \Rightarrow objeto) y la «objetividad» del objeto, pero no ha alcanzado a proponer un vínculo claro entre los patrones de artefactos y la conducta humana, toda vez que en el proceso analítico se ve obligado a un desplazamiento del objeto (las áreas de actividad, los artefactos) hacia el sujeto que las creó.⁹

Es claro que en los niveles interpretativos mayores los problemas que se han señalado aquí se recrudecen, pues se agregan los problemas de la

⁸ S. E. Van der Leew, «How Objective Can we Become? Some Reflections on the Nature of the Relationship Between the Archaeologist, his Data, and his Interpretations» en Colin Renfrew, M. J. Rowlands y B. A. Seagraves, *Theory and Explanation in Archaeology, the Southampton Conference*, Academic Press, New York, 1982, pp. 135-440.

⁹ *Ibidem*, pp. 443-446.

alteridad de los sujetos culturales del pasado. Aparentemente, esto supondría una mayor facilidad para alcanzar un conocimiento «objetivo», pues parecería ser un asunto semejante a la reconstrucción del escenario paleoecológico, donde el sujeto se supone diferente del objeto (sujeto \neq objeto), y esto permitiría alcanzar una mayor «objetividad», pero nunca se ha hecho una reflexión seria sobre el papel del sujeto de conocimiento y las modificaciones que sufre en el proceso, así como la medida en que ellas inciden en la forma de aproximarse y apreciar al objeto.¹⁰

Siguen, pues, latentes las preguntas de qué tanto las interpretaciones del pasado son una proyección de la forma de ver el presente y de qué tanto, en el proceso de observación del objeto, se encuentra un sujeto que le inyecta su propia subjetividad. Un ejemplo arqueológico puede ser ilustrativo.

¿Qué pasó en la cueva?

En el invierno de 1990, en la región del Valle del Mezquital, en el estado de Hidalgo, se exploraron algunas cañadas, abrigos y cuevas en los municipios de Huichapan y Nopala Hidalgo, pues se sabía que contenían información valiosa sobre ocupaciones prehispánicas asociadas con la evidencia de pictografías y otros materiales arqueológicos. Nuestro informante, Mario López Montes, conocedor de los sitios en la región, nos señaló que en la barranca de la Barca, sobre la ladera noroccidental de la caldera del Hualtepec, en una zona de difícil acceso en las proximidades de San Sebastián Tenochtitlan del municipio de Nopala, existían pinturas rupestres de calidad extraordinaria para el contexto regional. Decidimos elaborar una estrategia de llegada a partir de la comunidad, distante unos tres kilómetros en línea recta de la desembocadura de la barranca para, a partir de ahí, ingresar a su interior por el cauce del arroyo temporal. Los ejidatarios

¹⁰ Muchos críticos de estas posiciones creen rebatir esta idea al afirmar que la «obsidiana es obsidiana en cualquier lado» y que tiene propiedades objetivas, independientes del sujeto, aunque se le puede estudiar desde muchos puntos de vista, el arqueológico, el geológico, y otros más. No toman en cuenta que la subjetividad se introduce al momento de preguntarse ¿cómo se formó la obsidiana desde el punto de vista geológico?, o ¿cómo fue transformada en un artefacto y para qué sirvió en esta sociedad?, donde la respuesta alude a teorías interpretativas de un pasado que ya no existe y al que sólo nos referimos desde nuestra perspectiva del presente, con teorías que nos permiten actuar en este momento. Se suele jugar, en la noción de objeto de conocimiento, a confundirlo —de manera nada inocente— con el proceso, la realidad, la materia, la materia en movimiento y la idea de «este preciso y determinado objeto concreto que es capaz de acabar con tu subjetividad». Por supuesto, esta ambivalencia se acomoda según el interlocutor sea más o menos subjetivista, relativista, escéptico, idealista, etcétera.

locales nos destacaron lo problemático del recorrido, en especial por la abundancia de víboras de cascabel y lo cerrado de la vegetación en el nivel de base. El itinerario a pie duró, aproximadamente, una hora y media desde el lugar donde terminaba la brecha por la que podía transitar un vehículo de campo.

Al localizar el primer sitio, La Barca I (381 de la nomenclatura interna del proyecto), se llevaron a cabo los procedimientos normales de registro: ubicación en el paisaje, localización cartográfica, descripción general del origen de la cueva y de la vegetación circundante, levantamiento de un croquis a brújula y cinta métrica con la finalidad de ubicar las evidencias arqueológicas, se delimitaron, dibujaron y describieron los conjuntos pictográficos, a la vez que se realizaba la localización y colecta de material de superficie con criterios arbitrarios y sectoriales, según el caso, para, finalmente, describir los procesos de alteración postdeposicionales más notorios. El resultado final se encuentra en el informe de la temporada de campo, donde de manera escueta y «objetiva» se describen los acontecimientos arqueológicos más relevantes, algunos de los cuales han sido utilizados como información para tesis de maestría.¹¹

La Barca I es una cueva localizada en la pared norte del encañonamiento del arroyo, cerca de su desembocadura a la planicie aluvial, quince metros por encima del nivel del cauce, desde su interior se puede observar toda la planicie aluvial que incluye los poblados de San José Atlán, Saucillo y San Sebastián. El talud de la barranca tiene una pendiente de 55° a 60°, se encuentra cubierto de abundante vegetación de matorral espinoso y presenta materiales de derrumbe de las partes superiores. Sobre el contexto arqueológico prehispánico, del que no hablaré ahora, se encontró una capa de estiércol y, sobre ella, abundante material moderno considerado, al inicio del registro bajo el término general de «basura» reciente. En el momento de estar realizando la descripción de las unidades, llamó la atención de los investigadores la presencia de una caja de pastillas anticonceptivas cerca de la línea de goteo, entremezclada con latas, botellas, envolturas de alimentos, zapatos, ropa, papeles diversos y negativos de fotografías, conformando un contexto de investigación tan extraño que ha sido el más utilizado para evaluar una buena cantidad de los procedimientos clásicos de la prospec-

¹¹ Fernando López Aguilar y Patricia Fournier, *Proyecto Valle del Mezquital. Informe de la cuarta temporada de campo, 1991*, Escuela Nacional de Antropología e Historia, México, 1992; José A. Ochatoma P., *Cosmología y simbolismo en las pinturas rupestres del Valle del Mezquital*, Tesis de maestría en arqueología, Escuela Nacional de Antropología e Historia, México, 1994.

ción arqueológica y ha dado lugar a lo que, al interior del proyecto hemos denominado la «paradoja de la Barca».¹²

Cabe señalar que este tipo de contextos arqueológicos han hecho emerger diversas preocupaciones vinculadas con la aceptación irreflexiva de ciertas ideas de «centralidad» teórica, epistemológica, metodológica y técnica y, en la medida en que los trabajos rutinarios de campo al interior del proyecto lo permiten, se han realizado experimentos y procedimientos de captura de información integrados en un capítulo especial conocido como «¿Qué sucedió en la historia?», (así, con signos de interrogación) en el que los objetivos que le han dado origen son de diverso orden e incluyen, entre otros, establecer la posibilidad del conocimiento de los eventos que dieron lugar a ciertos contextos arqueológicos, averiguar la eficacia de los procedimientos normales de registro, entender la participación del sujeto en la creación, elaboración y rastreo de los datos y evaluar si los restos arqueológicos son autoevidentes. Casi siempre los experimentos se han realizado sobre contextos contemporáneos, en la medida en que sobre ellos se tiene, en principio, mayor control sobre la información disponible en torno a la funcionalidad y utilización de los objetos, a las causas de formación de los contextos, sobre el tipo, la calidad y los usos de los artefactos, sobre las causas posibles de su asociación y se dispone de informantes que puedan opinar sobre las inferencias generadas por el procedimiento arqueológico de observación o información escrita que sirva de punto de contraste con los datos provenientes de la metodología arqueológica.

Así, nuestro interés se desvió hacia los materiales que se incluían en la «basura» depositada y se detectó una gran diversidad de objetos que suponíamos en asociación cuasiprimaria, de acuerdo con los conceptos teóricos disponibles y asumidos como una especie de *conocimiento no problemático* fundamental para realizar las primeras inferencias de campo: un contexto de basurero es aquél donde los objetos se encuentran

asociados espacialmente y [...] esta asociación es reflejo de su contemporaneidad, cuando menos para intervalos de tiempo más o menos breves, durante los cuales participaron en ciertas actividades, pero el

¹² El registro del sitio fue realizado por los coordinadores del trabajo de campo: Fernando López Aguilar, Jaime Cedeño, Alicia Bonfil, Socorro de la Vega, Alfonso Torres Rodríguez y Juan Cervantes. Los análisis de los materiales fueron hechos por estudiantes de la licenciatura en arqueología de la generación 1989-1993 y de la maestría en arqueología 1992-1994.

*arreglo y disposición que muestran no es funcional, ya que entre el área en que participaron como contexto primario y el área en que son desechados, media una actividad más: el transporte.*¹³

De hecho, sólo sería una asociación primaria para la acción de tirar basura, pero esta circunstancia no impediría que el registro de las posiciones relativas de los objetos nos informara de las actividades realizadas en las localidades de donde proviene, aunque no pudiéramos conocer el lugar específico en que éstas se llevaron a cabo.

Al observar con detenimiento los objetos, nos percatamos que, contrariamente al supuesto inicial, los contextos reflejados en la «basura» eran, tal vez, de dos tipos: un grupo de objetos en situación de almacenamiento y otro en asociación primaria, en sus dos variantes, material en situación *de facto* y en *locus agendi*. Las medicinas y otros objetos, colocados en los nichos de la pared de la cueva tales como cafeteras y herramientas, se encontraban «almacenados», de manera que su uso estaba pospuesto hasta el regreso de los agentes sociales que los colocaron en ese lugar; por su parte, el resto de los materiales, sobre el piso de estiércol y en el talud de la barranca, que incluía platos, sartenes, vasos, enlatados, galletas, restos de botes, papeles y cartón quemados que se encontraban alrededor de un fogón, se encontraban, desde nuestra perspectiva, en una asociación espacial, temporal y funcional, presentaban «esa distribución particular en el espacio porque actuaron contemporáneamente para, en conjunto, cumplir con una (o conjunto de) función (es) dentro de las actividades humanas»¹⁴ e indicaban la posible presencia de un campamento ocasional realizado por un pequeño grupo de personas que podrían haber ocupado la cueva durante un periodo relativamente corto, quizá con la finalidad de cazar algunos animales o simplemente visitar las pinturas rupestres.

Sin embargo, al revisar con amplitud los restos alrededor del fogón, se encontró un ultrasonido, ropa íntima de mujer, zapatillas, toallas femeninas, medias «Cameo», cinturones, brassieres «Sensuale 38B» y «Cross your heart 36B», hombreras, las envolturas de estos objetos comprados en un supermercado de Cuautitlán Izcalli, un tubo para aplicación de óvulos espermaticidas, talcos, artículos de tocador, polvos, condones, botellas de champagne y de ron «Havanna Club», invitaciones a fiestas de quince años en Cuautitlán Izcalli y cartas de amor, que nos hicieron suponer una «orgia

¹³ López Aguilar, *Elementos para una construcción teórica en arqueología*, Colección Científica número 191, INAH, México, p. 119.

¹⁴ *Ibidem*, p. 117.

de dimensiones memorables»¹⁵ donde se consumieron, también, alimentos importados. En contraposición a esta idea se pensó que este tipo de contexto podía originarse por diferentes eventos ocupacionales realizados durante cortos periodos de tiempo y que, por ello, reflejaba un conjunto de «áreas de actividad» superpuestas.

Un poco de ropa, especialmente de tipo deportivo, así como una gran cantidad de documentos de pago salarial de la SEP hacia un personaje al que denominaremos Gerardo LN abarcaban cerca de diez años (1982-1990), pagos realizados a cargo de una presidencia municipal, documentación personal, libros de diversa calidad, tales como *El masaje sensual*, *La fuerza para vivir*, *Chistes para coleccionistas*, pasajes de avión y documentos de ingreso a la carrera de odontología de la UNAM, pertenecientes a otro individuo (José Luis GD), son los indicadores más directos de la presencia masculina en el sitio, aunque resultaba difícil explicar por qué esta clase de documentos fueron abandonados, almacenados o dejados en un lugar de esta naturaleza: ¿se utilizaba la cueva como lugar de escondite de información personal?, ¿se depositaron como basura?, ¿se dejaron ahí con la expectativa de resguardarlos para posteriormente recogerlos? Tal vez esto hubiera sido tema de reflexión de no haberse encontrado algunos libros que se asociaban con las profesiones y las actividades de estos personajes: folletos de equipo odontológico, libros de veterinaria, diagramas de electrónica vinculados con algunos restos de radios materiales eléctricos. Sin embargo, las medicinas para humanos almacenadas en los nichos de la pared de una de las covachas, las gasas y las jeringas, llevaron los supuestos sobre la cueva hacia otra dirección: tal vez, cuando menos en una ocasión, se realizaron prácticas abortivas, lo cual daría sentido a la abundancia de medicinas para infecciones fuertes, al ultrasonido y al resto de elementos médicos que fueron observados.

*A partir de estos hallazgos y de su conjugación en la cochambrosa mente de los integrantes del proyecto se aventuraron las hipótesis más increíbles sobre perversiones y prácticas sexuales realizadas por los ocupantes de la cueva con jovencitas (¿o jovencitos?) del lugar o del nororiente de la Ciudad de México. Se supuso la existencia de legrados que tenían que realizar en el lugar debido al resultado de los amoríos escabrosos en que se habían envuelto los visitantes de la cueva.*¹⁶

¹⁵ Alfonso Torres, et al., *Crimen, sexo e inferencia en arqueología. Arqueología de ocupaciones posmodernas en el Valle del Mezquital*, Diseño de Investigación, ENAH, México, 1991.

¹⁶ *Ibidem*.

Con este conjunto de ideas, que fueron ampliamente discutidas durante la sesión de gabinete, se pensó en realizar un registro lo más aproximado al arqueológico y la recolecta de algunas evidencias, para establecer las condiciones de evaluación de cuando menos alguna de las hipótesis. Se pensó en realizar una primera aproximación al sitio sectorizándolo de manera arbitraria para, eventualmente, definir subsectores que correspondieran a grupos de objetos cuya asociación funcional fuera «evidente»; en ellos se realizaría un inventario general de los objetos presentes y sólo se colectarían aquellos que contuvieran información «significativa», de tal manera que sin realizar un registro posicional de cada pieza, que redundaría en un trabajo excesivamente prolongado, se pudieran reconocer las asociaciones en torno a las «áreas de actividad», evaluar su contemporaneidad y responder a la pregunta sustantiva: *¿qué pasó en la cueva?*¹⁷

(Un paréntesis: nuestra interpretación)

Gerardo LN se desempeñaba como maestro del área de Ciencias Naturales de una secundaria localizada en una cabecera municipal cercana, tal vez llegó a ser su director por el nivel salarial. Era, además, dueño de una farmacia veterinaria y eventualmente practicaba curaciones menores a algunos animales; los ingresos provenientes de la venta de medicinas eran confiables y seguros. Es posible que haya llegado a desempeñar un cargo importante en la presidencia municipal.

Entre sus amistades se encontraba Vic, novio de Marta Patricia AM durante el año 1989, con quien tuvo una relación moderadamente conflictiva. Los hermanos GD también formaban parte de su círculo, aunque el más cercano era José Luis, a quien ayudó en algunos trámites en una preparatoria en Cuautitlán Izcalli y a inscribirse en la carrera de odontología en la UNAM. Ese grupo era aficionado a la electrónica y solía hacer excursiones a diferentes lugares de la localidad, especialmente a la cueva de la Barca, donde llegaron a guardar algunas medicinas veterinarias y humanas por razones desconocidas, tal vez para practicar algún tipo de curación clandestina, entre la que pudo estar el aborto practicado a la señora Enriqueta.

El panorama que ellos observaban de la cueva, con un tecorral cerca de la línea de goteo y algunas extracciones de lajas en la parte superior de la pared de la barranca, consistía en un área cubierta de estiércol, con una colmena de abejas cerca de la entrada y con restos de fogón para ahuyentar-

¹⁷ Los resultados de esta investigación se encuentran en el informe citado, López Aguilar y Fournier, *op. cit.*

las y extraer la miel. Los mieleros, confiados en que pocas personas podrían llegar hasta ese lugar, solían dejar parte de sus objetos en los nichos de la cueva: frascos con miel, tal vez algunas pomadas para las picaduras. Ellos, tal vez, tomaron ese ejemplo y guardaron ahí los documentos personales.

Un día decidieron hacer un «campamento» en la cueva, acompañados de algunas mujeres, cuando menos dos, para lo cual compraron algunas provisiones en un supermercado de Cuautitlán Izcalli. Ahí, adquirieron las bebidas, comida importada y, tal vez, algunas prendas femeninas. Las otras se compraron en tiendas elegantes como *Au petit Jean*. Además, se previnieron con varios procedimientos anticonceptivos: óvulos, pastillas y condones.

Para la estancia en la cueva, quizá no muy prolongada, pero sí placentera, es posible que hayan llevado también los libros y las revistas y, en algún momento de ocio, hayan hecho recortes de algunos personajes. El abandono, tal vez súbito, tal vez planeado, implicó la expectativa del regreso, por lo cual dejaron los objetos en el lugar.

Fin del paréntesis: cómo recabamos los datos

La prospección arqueológica se realizó un par de días después, preguntándonos si ese sitio era «el consultorio de un veterinario aficionado a la electrónica que de vez en cuando lo utilizaba como su nidito de amor...»¹⁸ El registro a detalle de los restos materiales hizo emerger otra pregunta: de ser así «¿dónde debemos colocar las evidencias de cuando menos un niño de pecho y uno de preescolar que también se encontraban dispersas en ciertos sectores del sitio?»¹⁹ Además, se detectaron evidencias de materiales que, aparentemente, se relacionaban con la extracción de miel de las colmenas que han anidado en las paredes de la cueva como frascos de vidrio con restos de miel, colocados en pequeños nichos de las paredes y, tal vez, algunas pomadas.²⁰

La superficie de ocupación se dividió en cuatro conjuntos. El conjunto 1, que abarcaba la superficie de la mayor de las cuevas, se subdividió en dos subconjuntos *a* y *b*, por una línea imaginaria trazada perpendicularmente a la línea de goteo, y cada conjunto en sectores arbitrarios para realizar un mejor inventario de los materiales presentes (ver levantamiento anexo).

El subconjunto presentaba el material altamente concentrado hacia el fondo de la cueva, mientras que hacia el centro se hacía más disperso, aunque formando unidades discretas específicas consideradas como secto-

¹⁸ Torres, *et al.*, *op cit.*

¹⁹ *Ibidem.*

²⁰ López Aguilar y Fournier, *op. cit.*

res de registro para la descripción (sectores 1 al 6). En este subconjunto se localizaron dos fogones, quizá originados para la preparación de alimentos o para espantar a las colmenas. Junto a la pared de la cueva y en los nichos, hay frascos con rastros de miel, especialmente en la parte inferior de la colmena. Sobre el tecorral de la boca de la cueva se encontraron restos de equipo electrónico y frascos que contienen algún líquido, posiblemente anticongelante para autos. Asociado con el tecorral hay abundantes rasuradoras desechables. En el fondo de la cueva se destaca la presencia de ropa masculina y femenina de diversos tipos, un ultrasonido, gran cantidad de recibos de pago de la SEP, utensilios de cocina y diferentes clases de envolturas de alimentos. En general, el subconjunto muestra una alta concentración de objetos asociados con la reparación de equipo electrónico, como pueden ser radios de transistores o grabadoras portátiles.²¹

El conjunto lb²² mostraba una distribución semejante al interior: una mayor concentración de objetos hacia el fondo de la cueva, los cuales se iban dispersando paulatinamente hacia la entrada, aunque se podían distinguir agrupamientos en unidades discretas, especialmente en las proximidades de la línea de goteo (sectores 1-4). Los objetos que destacaron en este conjunto fueron asociados con la envoltura de alimentos, cajas de galletas, latería, vasos, etcétera. Hay, además, pocillos y jarras de peltre relativamente poco usados, correspondencia personal e invitaciones, negativos de fotografía, bebidas alcohólicas, ropa íntima de mujer, ropa de hombre (zapatos y medias de fútbol), así como medicinas.

El conjunto 2 es la parte más profunda de la cueva, separado del conjunto 1 por un pequeño desnivel. Nuevamente los materiales se encontraron más concentrados hacia el fondo, aunque su cantidad fue ligeramente menor a la del conjunto interior. Los nichos fueron ocupados para almacenar objetos como pilas o implementos de cocina. Se destacó la presencia de revistas, folletos, medicina veterinaria y humana, implementos de limpieza, aunque abundaban las envolturas de comida. Hubo, nuevamente, ropa masculina y femenina. Entre los objetos que llamaron la atención se encontraban una caja vacía de anticonceptivos, isopos y pantimedias.²³

El conjunto 3 es una pequeña covacha al norte de la cueva, en la que se destacaba la abundancia de medicinas de diversos tipos, todas en contexto de almacenamiento, aunque algunas hayan sido usadas. No obstante,

²¹ El levantamiento fue realizado por Juan Cervantes y Alfonso Torres.

²² Levantado por Alicia Bonfil y Fernando López Aguilar, junto con el conjunto 4.

²³ El levantamiento fue realizado por Jaime Cedeño y Socorro de la Vega, junto con el conjunto 3.

también existían objetos asociados con la preparación de alimentos, aunque en distribución dispersa.

Finalmente, el conjunto 4, en el talud de la cueva, presentaba revistas rotas o recortadas y frascos de pegamento blanco líquido (*Prit*), distribuidos de manera dispersa por la pendiente de la ladera.

Entre los materiales recolectados más significativos se encuentran los siguientes:

- Constancia de haber impartido clases en el área de ciencias naturales, de Gerardo LN.

- Orden de reinscripción de Luis Felipe GD. Servicios Escolares de alguna escuela, con el nombre del Dr. Salvador MG, odontólogo, fechada el 28 de mayo de 1990.

- Lista de compras del supermercado.

- Nota para conseguir equipo de disección: bisturí, tijeras, pinzas de disección, agujas cortas, libros de anatomía. Tiene apuntados dos teléfonos.

- Control de pagos de la preparatoria particular «Cuautitlán» José Luis GD. Primer grado.

- Tarjeta de felicitación de Marta a alguien no identificado, fechada el 20 de agosto de 1989.

- Tarjeta de navidad con texto en clave de Marta Patricia AM a Vic. Fechada el 22 de diciembre de 1989.

- Block de remisión medio usado con compras de artículos de veterinaria por \$406,660.00.

- Fragmento de pintura para cemento.

- Nota de remisión de una farmacia veterinaria, con artículos de veterinaria.

- Una tarjeta de navidad para La Chendo de Elo, 1989.

- Un libro de *El camino de la vida*, Liga Bíblica Mundial.

- Número de identificación personal de tarjeta Banamex.

- Dispositivo para instalar óvulos espermaticidas.

- Tarjeta de despedida para Vic, de Mary. Febrero de 1986.

- Recibos de pago de la SEP a nombre de Gerardo LN por \$4,106.00. Octubre de 1982.

- Juego de negativos fotográficos, donde se incluyen algunos de los personajes usando un aparato de radio, en una escuela y, tal vez, en alguna fiesta, colocando un disco.

- Dibujo de un conejo, hecho por un niño.

- Dibujo de un gato, hecho por un niño.

- Diagrama a bloques de un radio-tocadiscos-grabadora.
- Foto de uno de los personajes.
- Recibo de Gerardo LN por \$ 16,840.00, fechado en Pachuca, Hgo., en mayo 23 de 1980. Incluye sueldo, sobresueldo, quinquenio, titulación.
- Lista de acreedores diversos con pagos y deudas.
- Mercancías a favor de Luis Felipe G., Gerardo P., Sergio RM. y a Gabriel HH.
- Ultrasonografía y mastografía que muestra el aparato reproductivo de una mujer en edad fértil de veinticinco años (Enriqueta MR.), probablemente múltipara, hecha en unos laboratorios de la calle de Puebla 228, México, D. F.

El resto de los materiales (un total de 1 070) que se encontraban en la cueva sólo fueron inventariados y descritos en campo, en el que todos los objetos (aunque estuvieran interstratificados) se consideraron como objetos de superficie, pues se encontraban sobre el piso de estiércol de las galerías frontales, o sobre la superficie de tierra del área definida como conjunto 2.

Confiados en que «buenos análisis de los materiales» aunados a una visión intersubjetiva del contexto pudieran darnos una respuesta clara o falsar algunas de las hipótesis propuestas, se entregaron los datos a tres grupos independientes de estudio, dos grupos de la licenciatura en arqueología y otro de la maestría, con el fin de que hicieran ejercicios de la materia *Diseño de investigación*.²⁴ Las conclusiones, en general, apuntaron hacia las siguientes ideas:

1. Faltan datos para evaluar las hipótesis y, por lo tanto, no se puede inferir cómo y por qué los ocupantes de la cueva produjeron los restos arqueológicos observados con esa distribución. Hay inconsistencia entre los objetivos y las «escalas de medición» para establecer los posibles «indicadores» de ciertas actividades representadas y esto se convierte en un aspecto problemático fundamental porque la colecta y la descripción la hicieron *otros investigadores*, con

²⁴ Los alumnos que han participado en los diseños de investigación que aquí se citan, son los siguientes: Humberto Medina, Luis Morett, Enrique García, Analine Rodríguez, Miriam Flores, Judith González, Pablo Martínez, Alfonso Torres, Jorge Harada, Tania Calva, Miguel Medina, Boris Aguilar, Rosa A. Sánchez, Julio Berdeja, Mauricio Gálvez, Cuauhtémoc Domínguez, Ricardo Abreu, Adriana Maldonado, de la Licenciatura en Arqueología, generación 1988. Hernando Gómez R., Lorena Gámez, He Ju Jang, Vera Tiesler, Luis Gómez, Guadalupe Reyes, Juan Alberto Román, Raúl García, José Ochatomía y Carlos Illera, de la generación 1992 de Maestría en Arqueología. Agustín Anaya, Adrián Baker, Manuel Polgar, Omar Rodríguez, Leonardo Santoyo, Erick Valles, Cuauhtémoc Senties, Yalo Madrigal, Tobías García, Francois Miquelon, Evaristo Reyes, Yoshiyuki Tsukada, Alejandro Castillo, Juan Rodrigo Esparza, Leticia Pérez y Verónica Pinedo, de la generación 1992 de la Licenciatura en Arqueología.

criterios que no necesariamente son homogéneos, a pesar de compartir las hipótesis y las metas cognitivas. Se parte de una información ya dada, sin acceso a la *observación directa* del sitio, de los materiales y del contexto.

2. Es factible detectar un conjunto de actividades realizadas al interior de la cueva: preparación de alimentos, área de descanso, áreas de trabajo, almacenamiento de medicinas, extracción de miel y basurero, vinculadas con actividades de excursionismo, pruebas de radiotransmisión y actividades sociales. Existe, además, un área de resguardo de ganado, una de ocupación estacional semipermanente, un campamento de cazadores, un área de recolección de miel y una de taller de electrónica

3. Las actividades se desarrollaron en distintos niveles de tiempo, unas pudieron ser esporádicas (el uso de la cueva como campamento), aunque tal vez duraron algunos días o algunas semanas, otras pudieron ser constantes, como el uso para resguardo de ganado y extracción de miel y, tal vez, sólo el almacenamiento de medicinas implicara una «ocupación» permanente. Es posible, también, que todas las áreas de actividad, excepto la extracción de miel y el resguardo de ganado, pudieran ser contemporáneas y realizadas por un mismo juego de tareas, aunque es difícil discernir el lapso de ocupación, puede ser, según la fecha más reciente detectada en los materiales (aplicando los principios *post quem, ante quem*) entre septiembre de 1990 y el momento en que se hizo la prospección arqueológica, noviembre del mismo año. La máxima profundidad de la ocupación sería a partir de la datación más antigua detectada en los objetos (1979), aunque ésta resulta dudosa, pues se pueden tratar de objetos «antiguos» llevados al sitio.

4. Existe evidencia «contundente» sobre la realización de actividades sexuales ilícitas y de la presencia de una familia, mientras que, por otro lado, no hay datos suficientes para establecer la realización de un parto o de un aborto. La familia puede haber estado formada por una pareja joven, una niña recién nacida y un niño. No obstante, es posible la presencia de, cuando menos, seis individuos, es decir, dos más, un hombre y una mujer.

5. No es posible generar una respuesta única para la formación de dicho contexto arqueológico, sino que todas las interpretaciones pueden ser ciertas en lo tocante a lo que ocurrió en la cueva y es posible que cada actividad haya generado un agrupamiento de materiales, sin que, necesariamente, fueran sincrónicas.

6. Es necesario regresar al sitio con un planteamiento metodológico más desarrollado que permita establecer los «indicadores arqueológicos» de cada una de las actividades propuestas, para poder inferir que pasó en la cueva.

En general, los procedimientos analíticos del material intentaron rebasar el criterio simplemente tipológico del arqueólogo y se buscó asociarlos por los usos conocidos, de manera que casi todos fueron integrados al interior de las «áreas de actividad» tal como se detectaron en un principio y han sido definidas líneas arriba. Además, hubo estudios que agruparon los objetos por funciones específicas, tales como drogas y medicamentos, libros y revistas, higiene personal, alimentos, utensilios de cocina, bebidas y licores, prendas de vestir, documentos personales, bolsas y empaques, accesorios varios, partes electrónicas, tapas y recipientes y partes mecánicas, para después integrar la cuantificación estadística por sector. Los resultados destacan un 50 por ciento de restos de alimentos, 20 por ciento de medicina, 10 por ciento de electrónica y un 10 por ciento de los objetos restantes.

En general, los procedimientos clasificatorios «demostraron» que, efectivamente, la sectorización respondió al criterio observacional de definición de «áreas de actividad» y de «áreas de almacenamiento», de manera que el contexto registrado cabía dentro de la clase de «contextos primarios». Sin embargo, es difícil saber si los objetos desempeñaron, en la cueva, la función primaria para la que fueron creados. Por ejemplo, ¿la caja de galletas fue usada para transportar y almacenar galletas?, ¿las pastillas anticonceptivas se consumieron para evitar el embarazo?, ¿los rastrillos se usaron para rasurar la barba? Este tipo de preguntas difícilmente puede ser resuelto con la información disponible o por la asociación contextual, independientemente del tipo de registro realizado.

Sin embargo, ninguno de los análisis aportó alguna idea novedosa en cuanto a la explicación del contexto, mientras que los estudios particulares, vinculados con la posibilidad de prácticas de legrado, apuntan a una ambivalencia interpretativa (se sugiere, por ejemplo, un legrado que combinara técnicas tradicionales con medicina occidental). Es decir, las hipótesis propuestas desde la prospección no han podido ser falsadas, mucho menos verificadas, ni ha surgido alguna alternativa. Lo que es peor aún, todos los análisis partieron del supuesto de una cierta «objetividad» en el registro que se llevó a cabo, en la medida en que no se problematizaron los contextos definidos: ¿existe realmente una asociación primaria en el sitio?, ¿el contexto de almacenamiento, uso y desecho es real?, ¿existe alguna otra posibilidad de interpretar las asociaciones observadas?, ¿pudo ser sólo un depósito de basura?, ¿pudo alguien robar la casa de alguno de los personajes, sustraer los documentos en busca de dinero y depositar todo en ese lugar como desecho? Se buscan hipótesis alternas.

El «conocimiento» arqueológico

Tal vez se puede aprovechar la experiencia de La Barca para reflexionar sobre el problema del conocimiento en la arqueología y, por comparación, evaluar la validez de las «verdades absolutas» generadas hasta la fecha, de manera acrítica, sobre contextos prehispánicos.

Un primer aspecto a tomar en cuenta es que el contexto de La Barca no pudo haber sido observado de esa manera, si no se hubieran conjuntado una serie de factores «subjetivo-objetivos» en ese preciso momento: la presencia de ese depósito particular justo cuando los investigadores del proyecto tomaron la decisión de aproximarse a la barranca de la Barca fue, por así decirlo, una sincronicidad afectada por la historia deposicional del contexto y la historia particular de los sujetos que proyectaron sus propios morbos hacia el objeto. Si es cierto que Engels dijo lo que Bretón señala, se trata de un caso semejante al de «azar objetivo» (aunque todo parece indicar que Engels nunca escribió algo por el estilo): «Casualidad o destino, la serie de estos hechos objetivos, regidos por una causalidad externa, se cruza con nuestra subjetividad, se inserta en ella[...] Bretón recordó a Engels y llamó a la intersección de las dos series, la exterior y la interior: *azar objetivo*».²⁵

Resulta evidente que el «contexto de la cueva no es un contexto común y que eso llamó la atención de los integrantes del proyecto»,²⁶ sin embargo, es difícil evaluar si otros arqueólogos hubieran observado lo que observamos nosotros, con la atención y con las reflexiones a las que nos orilló el mismo contexto, creando las hipótesis que surgieron al inicio y evaluándolas a través del ejercicio de la reflexión y contrastación inmediata con el contexto. Yo creo que no. En todo caso —siendo schifferianos— hubieran dejado constancia de que había «basura moderna» en superficie que afectaba el proceso deposicional del sitio y la observación del contexto «arqueológico».

Siguiendo con los *condicionales* del tipo «si mi tía tuviera ruedas...» es difícil saber si nosotros mismos hubiéramos hecho un registro semejante observándolo unos años antes (por ejemplo, al inicio del proyecto de investigación) o unos años después (como ahora). Lo que sí es cierto es que ahora *no podemos* —como cualquiera que haya realizado los ejercicios de contrastación— observar este contexto arqueológico sin esta experiencia previa de problematización y reflexión.

²⁵ Octavio Paz, *La llama doble. Amor y erotismo*, Seix Barral, Biblioteca Breve, México, 1993, p. 146.

²⁶ Torres, *et al.*, *op. cit.*

Por supuesto, regresar ahora significaría llegar armados de los instrumentos metodológicos que nos permitieran establecer, cuando menos, las condiciones de falsación de las hipótesis planteadas, buscando nuevos elementos de observación, aunque, a fin de cuentas, como ocurre en otras áreas del conocimiento arqueológico, «el que pega primero pega dos veces» y la primera interpretación que resulte «convinciente»²⁷ adquiere una «centralidad» tal que las investigaciones posteriores sólo se remiten a evaluar qué tanto es cierta o falsa, o a agregar «nuevos datos» que complementen la información ya establecida.

La observación de una serie de objetos asociados es, también, una interpretación del investigador y adquiere la misma «centralidad» que las inferencias de tipo «explicativo»: cuando alguien define una cierta asociación como «primaria» o «secundaria», ya no es motivo de duda, se asume e interioriza como tal, sin problematizar la validez de la inferencia inicial. Las dudas ocurren sólo en el observador y esto nos permite entender por qué el contexto de La Barca pasó de una definición de «basurero», es decir, contexto cuasiprimario, a uno del tipo «áreas de actividad», en el que los materiales depositados tienen una asociación primaria. ¿Qué tanto las asociaciones son creadas por el propio investigador? En la medida en que no todas las proximidades en el plano cartesiano significan asociación temporal, funcional o simbólica, ni todas ellas suponen objetos en proximidad cartesiana, la perversa mente del arqueólogo es la que «creó» las asociaciones que observó. Y esto no significa que sean «subjetivas», sino que, como en el caso anterior son, a la vez, «subjetivo-objetivas» y suponen la sincronicidad entre la historia deposicional y las circunstancias específicas que existen en el momento de la observación, intersectadas por las interpretaciones que se crean en el diálogo entre el sujeto y el objeto y eso le da convicción a las inferencias realizadas.

Umberto Eco ha señalado que

no hay reglas para decidir al comienzo si una analogía vale o no vale, porque cualquier cosa guarda alguna similitud con cualquier otra cosa desde algún punto de vista. Patata se cruza con manzana porque ambas son vegetales y redondas. De manzana se pasa a serpiente por relación

²⁷ Ver, al respecto, en el libro de Peter Thullier, *De Arquímedes a Einstein. Las caras ocultas de la investigación científica*, Colección Los Noventa 78, Alianza Editorial-CNCA, 1990. En especial se recomienda el capítulo quince sobre Edwin Hubble, un cosmólogo que supo negociar y «presentar bien» los resultados.

*bíblica. De serpiente a rosquilla, por semejanza formal, y ¿de allí a traje de baño, del baño al water, del water al papel higiénico, de la higiene al alcohol, del alcohol a la droga, de la droga a la jeringa, de la jeringa al pico, del pico al terreno, del terreno a la patata. [...] si al final tout se tien, el juego es válido. De patata a patata tout se tien. Por tanto, es correcto.*²⁸

En el contexto de la cueva, con todos sus objetos, podemos empezar con cualquiera de ellos para «dar apoyo empírico» a alguna hipótesis que nos surja de la manga. Podemos despegar con el Vic Vaporrub, que se relaciona con las pomadas, con las medicinas, con los piquetes de abejas, con la gripe, con prácticas sexuales, con los preservativos, con las bebidas alcohólicas con la comida... y nos lleva a una inferencia. Pero, también, podemos empezar con la ropa de mujer, que nos puede dirigir a la ropa de hombre y a los maquillajes, a la calidad de los productos, al nivel socioeconómico, al lugar de compra... Cualquier asociación es no lineal para la interpretación del contexto. Muchos factores (en el sujeto y en el objeto) están presentes en las razones por la cuales el observador traza y sigue una trayectoria de asociación de los materiales, entre todas las posibles.

Por ello, entre el plano de la observación y el de la interpretación existe una autosimilitud. Como diría Varela, nos encontramos con un fractal que reproduce exactamente lo que yo hago, describirlo. Pues entre la *participación* y la *interpretación*, el sujeto y el objeto están inseparablemente unidos entre sí: «no puedo comenzar en ninguna parte con una representación pura y no contaminada de lo uno o de lo otro».²⁹

Lo mismo puede decirse de la interpretación de los datos provenientes de otros investigadores. Lo único que se logra es amplificar el fractal existente entre la observación-descripción-interpretación, al agregar, desde otras experiencias del sujeto, diversas posibilidades de acceso a los datos, que es un objeto construido de investigación, en el que se reiteran las mismas condiciones iniciales y la subjetividad-objetivada se enfrenta a una subjetividad-objetivada del investigador que realizó la observación a través de una subjetividad-objetivada *ad libitum*.

Cabe señalar, además, que cada una de las interpretaciones deja sin explicar un grupo de materiales anómalos que no «cuadran». De hecho, la

²⁸ Umberto Eco, *El péndulo de Foucault*, Bompiani-Lumen-Patria, México 1989, pp. 557-559.

²⁹ Francisco Varela, «El círculo creativo. Esbozo históriconatural de la reflexividad», en P. Watzlawick y otros *La realidad inventada. ¿Cómo sabemos lo que creemos saber?*, Editorial Gedisa, Colección El mamífero parlante, Serie mayor, Barcelona, 1990, pp. 251-263.

misma idea de la que partió toda esta investigación se permite no tomar en cuenta los hechos anómalos y dota de relevancia, privilegia, a un conjunto de materiales específicos con los que tiene apoyo empírico y desde los que partió la misma interpretación. Los demás introducen «ruido» y conducen a otras interpretaciones que se enfrentan con otros materiales que introducen «ruido». Curiosamente, las inferencias surgen de los materiales que estadísticamente no son significativos: una ultrasonografía, dos cajas de pastillas anticonceptivas, dos tarjetas con anotaciones amorosas, un dispositivo para óvulos, entre más de mil objetos... en fin, la misma cueva no tiene ninguna representatividad, pues es una entre más de cincuenta que han sido localizadas en las barrancas. Sin embargo, esto no debería ser tan problemático. Los contextos de vida cotidiana son igualmente poco ordenados y siempre hay un montón de cosas que teóricamente «no deberían estar ahí», porque no corresponden con un área de actividad «pura», tal como la conceptualiza el investigador. El orden sólo existe en algunas mentes. Por eso, alguien dijo «la estadística es como el bikini: muestra todo, menos lo importante».

Claro, habría que preguntarse a estas alturas qué habla más de lo que es la sociedad actual, la casa habitación o esta cueva y, por supuesto, qué tanto existen situaciones igual de anormales, extrañas, marginales en contextos del pasado, a partir de las cuales pudiéramos entender mejor (o ver de manera distinta) las dinámicas y las situaciones de ese momento y que no hemos sido capaces de detectar por los procedimientos «estandarizados» de la investigación arqueológica.

A manera de conclusiones

«La realidad se nos ha salido de madre».³⁰ Esta frase, de manera coloquial, refleja la gran pérdida que ha ocurrido en la ciencia en torno a la «objetividad» del conocimiento. Denota que el mundo ha resultado ser más complejo que nuestras interpretaciones «deterministas» con las que hemos operado desde hace tiempo, como la relación causal que se estableció entre el sujeto y el objeto. La realidad es ambigua ante el hombre, que también tiene un comportamiento errático en torno al conocimiento.

Por ello, como en todas las ciencias, en el proceso cognitivo de la arqueología no existe una objetividad en el objeto de estudio y el sujeto actúa sobre él de manera interactiva. La única forma de ver el registro de

³⁰ Torres, et al., *op. cit.*, Madre: cauce o lecho de un río. Causa, raíz o cuna de una de una cosa, *Diccionario de la lengua española*, Real Academia Española, Madrid, 1970.

los datos y las interpretaciones es como una iteración compleja entre el sujeto y el objeto. Representada con una fórmula como la siguiente: (sujeto \Leftrightarrow objeto).

En ese sentido, la cognición en las ciencias históricas y sociales enfrenta las mismas circunstancias que las de las llamadas ciencias «duras», como la física. Martínez dice que el observador no sólo observa las propiedades objetivas, sino que provoca la aparición de esas propiedades.³¹ La realidad «real» es lo suficientemente compleja como para que siempre responda afirmativamente a la pregunta que se le hace y, por ello, si al electrón «le hago una pregunta considerándola como partícula, me responderá como partícula: si, en cambio, le hago una pregunta considerándola como onda, me responderá como onda. El electrón no *tiene* propiedades *objetivas* que no dependan de mi mente».³²

Por ello, la tipología de los materiales cerámicos, junto con otros procedimientos clasificatorios, que fueron creados por los arqueólogos a partir de ciertos instrumentos teóricos, es *objetiva*, forma parte de las propiedades de los materiales cerámicos, y responde afirmativamente a la pregunta ¿existía alguna clase de orden en los utensilios prehispánicos? Su relación con la realidad cotidiana, vivida por los individuos, las familias y los grupos del pasado, con sus respuestas y sus dudas en la construcción, paso a paso, de su propio devenir, es otro asunto. Pero la tipología es, así, tan objetiva como otras propiedades que puedan observarse en el contexto arqueológico y que conduzcan a inferencias distintas.

En alguno de los informes sobre los análisis de los materiales de la cueva se dijo que «si la arqueología sirve para algo en esta sociedad debería ser para movernos el tapete».³³ Esto es cierto. Y podría generalizarse a todas las ciencias, que más allá de su aplicación inmediata, deberían servir exactamente para lo mismo. Actualmente, no es posible establecer la legitimación del saber por su capacidad de acción concreta, ni por su capacidad de «emancipar» a la humanidad,³⁴ ni mucho menos porque sea proclamador de un saber verdadero. El conocimiento tiene validez porque «nos muestra que nuestra experiencia ha sido viable»³⁵ y nos enseña un mundo posible, en el que nadie puede pretender que ha comprendido mejor las cosas que otros.

³¹ Miguel Martínez Miguelez, *op. cit.*, pp. 77.

³² *Ibidem.*

³³ Torres, *et al.*, *op. cit.*

³⁴ Jean-François Lyotard, *La condición postmoderna*, Cátedra, Madrid, 1989, p. 109.

³⁵ Varela, *op. cit.*, p. 262.

Es difícil saber si en la cueva ocurrieron o no los hechos que se supusieron al inicio de la investigación. Por lo pronto, lo único que podemos señalar es que, hasta ahora, éstas son las hipótesis más convincentes para explicar el origen de ese contexto arqueológico tan particular. Mientras tanto, podremos seguirnos preguntando ¿que pasó en la cueva?

Curiosamente, esto no sería problema si no se hubiera detectado ese contexto como problema, si no se hubiera observado de esa manera y no se hubiera problematizado en esa dirección. A fin de cuentas, todas las interpretaciones de la realidad operan como el *Péndulo de Foucault* de Umberto Eco: «nosotros inventamos un plan inexistente... (y ellos se lo tomaron en serio)... estructurado conforme a una irrefutable lógica de la analogía, de la apariencia, de la sospecha».³⁶

³⁶ Eco, *op. cit.*, p. 559.